



e-l@tina

Revista electrónica de estudios latinoamericanos

e-l@tina es una publicación del
Grupo de Estudios de Sociología Histórica de América Latina ([GESHAL](#))
con sede en el
Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe ([IEALC](#))
Facultad de Ciencias Sociales
Universidad de Buenos Aires

La prensa escrita como agente socializador de culturas políticas. Estudio de caso: el diario La Nueva Provincia, de Bahía Blanca (1916-1930)

Laura Llull

Licenciada y profesora de historia, docente de Historia Argentina II y III, Departamento de Humanidades de la Universidad Nacional del Sur, Bahía Blanca, Argentina. Profesora invitada de la Universidad de Toulouse-Le Mirail.

Recibido con pedido de publicación: 15 de agosto de 2003

Aceptado para publicación: 25 de septiembre de 2003

Resumen

La prensa escrita como agente socializador de culturas políticas. Estudio de caso: el diario La Nueva Provincia, de Bahía Blanca (1916-1930)

El presente trabajo aborda el estudio de *La Nueva Provincia* -diario fundado el 1° de agosto de 1898 en la ciudad de Bahía Blanca- durante el período 1916-1930 e intenta demostrar que, fundamentalmente desde sus páginas editoriales, el mismo vehiculizó una cultura política que remite al universo simbólico de la Unión Cívica Radical, partido al que pertenecía su fundador y director, Enrique Julio. Sin duda sus lectores se reconocieron en estas representaciones y comulgaron, en mayor o menor medida, con su discurso específico, el cual que constituyó un elemento de comunión para quienes se identificaban con esta particular visión de lo político. Cabe señalar que al hablar de cultura política nos referimos a una suerte de código y un conjunto de referencias, formalizadas en el seno de un partido o más ampliamente difundida en el seno de una familia o de una tradición políticas

Palabras clave: La Nueva Provincia; prensa escrita; Bahía Blanca; cultura política

Summary

The printed press as a socializing agent of political cultures. Case study: the journal *La Nueva Provincia*, Bahia Blanca (1916-1930)

This paper looks at *La Nueva Provincia* –a newspaper founded in August 1st., 1898 in the city of Bahía Blanca– during the period 1916-1930 and attempts to show that, mainly from its editorial pages, it was the vehicle of a political culture that refers to the symbolic universe of the Unión Cívica Radical –a political party to which the newspaper founder and director, Enrique Julio, belonged. Undoubtedly, its readers recognized themselves in these representations and shared, in a greater or lesser degree, this specific discourse that constituted a communion element for those who were identified with this particular view of politics. It is worth mentioning that, when we say political culture, we refer to a kind of code and a set of references legalized within a party or more widely spread within a political family or tradition

Keywords: La Nueva Provincia; printed press; Bahía Blanca; political culture

Introducción

¿Por qué razón emplear el concepto de cultura política como uno de los ejes organizadores de una investigación sobre la prensa escrita de principios del siglo XX en la ciudad de Bahía Blanca? Si el término es frecuente utilizado, si un cierto grupo de historiadores nos interesamos por emplear este concepto en el abordaje de nuestros objetos de estudios, hay que reconocer que generaciones de investigadores han transitado el campo de la historia política sin sentir la necesidad de recurrir al mismo.

Al respecto, estimamos con Serge Berstein (1999) que la noción de cultura política no presenta el mínimo interés si consideramos que la historia política se resume a establecer la crónica de los hechos políticos y a enumerar una cantidad de actores y de partidos. Si bien esta tarea es imprescindible y constituye la condición indispensable de todo trabajo histórico ya que de otra forma resultaría imposible abordar cualquier reflexión sobre el pasado, creemos que, como historiadores, no podemos quedarnos en ese nivel, porque parte importante de nuestro *métier* consiste precisamente en comprender y explicar nuestro objeto de estudio. Por estas razones coincidimos con Jean-François Sirinelli cuando, en la introducción a su *Histoire des droites en France*, este prestigioso historiador afirma: «renoncer à la notion de culture politique ne serait pas seulement pour l'historien délaissier un secteur d'investigation riche de promesses, ce serait aussi se priver d'un élément de différenciation entre plusieurs champs proches et s'interdire ainsi de varier les anges d'attaque».¹

Naturaleza de las culturas políticas

¿Cómo intentar definir la cultura política tal como la interpretamos los historiadores? Jean-François Sirinelli propone considerarla a la vez como una suerte de código y un conjunto de referencias, formalizadas en el seno de un partido o más ampliamente difundida en el seno de una familia o de una tradición políticas (Sirinelli et Vigne, 1992). En otros términos, la podemos ver como un conjunto de representaciones, portadoras de normas y valores, que constituyen la identidad de las grandes familias políticas, más allá de la noción más restringida de partido político o fuerza política.

Como historiadores, representantes de una disciplina empírica, constatamos, en un momento dado de la historia, la existencia de varios sistemas de representaciones coherentes, rivales entre sí, que impregnan la visión que los hombres tienen de la sociedad, del lugar que ocupan en ella y de los problemas del poder. Estos sistemas son solidarios, más allá de la esfera de lo político, de la cultura global de la sociedad considerada (tomamos el término cultura en su sentido antropológico, es decir como el conjunto de comportamientos colectivos, de sistemas de representación y de valores de una sociedad).

En principio, es evidente que, explícita o implícitamente, la noción de cultura política supone una visión global del mundo y de su evolución, del lugar que allí tienen el hombre y de la naturaleza misma de lo político.

Cuando hablamos pues de cultura política aludimos a una colección de imágenes que otorgan una provisión casi inagotable de fechas claves, textos fundadores, hechos simbólicos, una galería de grandes hombres cuyo interés reside en la ejemplaridad supuesta que unos y otros poseen. En este sentido, cabe señalar que la historia, como la entendemos los historiadores, tiene poco que ver con la construcción de las culturas políticas. En efecto, existe una “alquimia compleja” que trasforma los hechos del pasado en mitos y leyendas porque ellos son movilizados y determinan la acción política concreta a la luz de las representaciones que proponen. En este sentido, la literatura, los periódicos y,

¹ “[R]enunciar a la noción de cultura política sería más para el historiador desprestigiar un ámbito de investigación rico en promesas. Sería también privarse de un elemento de diferenciación entre diversos campos próximos y prohibirse así de variar los ángulos de ataque” (Sirinelli et Vigne, 1992).

más recientemente, el cine y la televisión pesan más en la memoria de los hechos que los eruditos trabajos de los historiadores y sirven a la fabricación tardía de nuevas representaciones cuyo carácter instrumental resulta indudable.

Las raíces filosóficas y las referencias históricas juegan también un rol importante como fundamentos de las culturas políticas porque no existe cultura política coherente que no comprenda, precisamente, una representación de la sociedad ideal y los medios de llegar a tenerla. En otros términos, raíces filosóficas, referencias históricas, régimen político inducen una imagen de la sociedad y del sitio que el hombre posee en ella. De esta forma, al ofrecer una grilla de lectura de lo social, esclarecida por el conjunto de datos que concurren a su definición, las culturas políticas aportan una clave de inteligibilidad aparente de los hechos cotidianos y de las soluciones supuestas a las dificultades de los hombres.

Como historiadores podemos apreciar que, en un mismo momento histórico, existen culturas políticas plurales, con raíces filosóficas o históricas diferentes, que tienen concepciones opuestas del poder y que encaran la sociedad y su evolución de forma diferente, reclamando valores antagónicos.

Por otra parte, también constatamos que algunas culturas políticas se presentan como dominantes en un determinado momento de la historia de una sociedad, porque sus puntos de vista responden directamente a las aspiraciones de los grupos mayoritarios de la misma y parecen expresar las expectativas de la mayoría. Sus ideas impregnan los discursos, sus opiniones ofrecen las soluciones que parecen adecuadas a los problemas del momento y su importancia es tal que no pueden dejar de influenciar a las culturas políticas vecinas.

Un fenómeno evolutivo: las culturas políticas en la historia

Las culturas políticas aparecen como productos de la historia que nacen en un momento preciso, en función de circunstancias particulares, que evolucionan en razón de las diferentes coyunturas y de la influencia de otras culturas políticas y que declinan para luego desaparecer lentamente cuando deja de responder a los anhelos de la sociedad.

Ni azar ni a la contingencia tienen relación con el surgimiento de las culturas políticas puesto que éstas nacen en respuesta a los problemas fundamentales planteados a la sociedad en un determinado momento de su historia. En tales coyunturas, las mismas aportan soluciones globales a dichas problemáticas. Pero, posteriormente, estas culturas políticas se transforman, complejizándose y adaptándose a la evolución misma de la sociedad.

Funciones de las culturas políticas

Los historiadores encontramos pues que el estudio de las culturas políticas puede brindarnos una respuesta al problema fundamental de las motivaciones de los actores políticos. Porque, a diferencia de sociólogos y politólogos, que se interrogan sobre fenómenos de participación o compromiso político en un marco muy contemporáneo y disponen de medios de investigación moderna como por ejemplo las encuestas, los historiadores no poseemos otro recurso que el de interrogar a las fuentes que estamos acostumbrados a manejar. Los resultados de nuestras investigaciones poseen un interés estrechamente ligado a las funciones de las culturas políticas porque uno de sus rasgos principales es el de situarse en la encrucijada de los comportamientos individuales y los colectivos.

Por tanto, el postulado que origina nuestro interés por el estudio de las culturas políticas se origina en la relación estrecha que une ésta última a los actos políticos de los individuos. Estos últimos, a lo largo de sus vidas, van internalizando una determinada grilla de lectura de la realidad, una particular visión del mundo y de lo político. Este fenómeno de interiorización los lleva a militar por una causa, comprometerse con una fuerza política, votar por un candidato y no por otro. En este

estadio, la cultura política está interiorizada. Si bien Serge Berstein interpreta que, desde ese momento el comportamiento de los actores ya no se sitúa más en el campo del debate argumentado ni del razonamiento porque los componentes de una determinada cultura política se han convertido en los elementos constitutivos de la identidad de los mismos, nosotros reivindicamos el uso de la inteligencia de dichos actores para establecer su comportamiento político, más allá de que éstos hayan internalizado una cultura política específica.

Pero no debemos olvidar que, además de estructurar los comportamientos políticos individuales, las culturas políticas son fenómenos colectivos que, por tanto, conciernen a un mismo tiempo a grupos enteros que comparten los postulados, los puntos de vista, las interpretaciones, las propuestas, que apelan a los mismos discursos, comparten los idénticos signos y participan de mismos rituales. No por ello deben ser actores que pertenezcan a una misma generación ni que hayan vivido iguales experiencias. Una cultura política puede ser compartida por distintas generaciones para quienes, incluso, las mismas palabras pueden no tener la igual significación. Sin embargo, estos actores pueden reconocerse en una cultura política que otorgue identidad al grupo. Por tanto, las culturas políticas son algo más la afiliación a un partido político; ellas conducen al ciudadano a identificarse casi instintivamente a un grupo, a comprender sin dificultades su discurso, a compartir sus objetivos y sus anhelos, a votar por los candidatos de una determinada agrupación política.

Ahora bien, el proceso de difusión de las culturas políticas en la sociedad nos plantea en tanto historiadores, un problema complejo, aunque generalmente nos mostremos contestes en admitir que tal difusión se realiza a través de los distintos canales de la socialización política.

La socialización política

¿En que consiste la socialización política? Según establece Annick Percheron, toda definición “realista” de los fenómenos de socialización política se basa en dos afirmaciones: 1) la política no hace su aparición en la vida de los individuos recién a partir que éstos alcanzar la mayoría de edad. En efecto, todos los estudios empíricos demuestran que, desde la primera infancia, cada sujeto construye un sistema organizado de conocimientos, de representaciones y actitudes políticas y 2) la socialización política, no resulta, en la mayoría de los casos, de aprendizajes deliberadamente políticos (Percheron, 1985: 179)²

En este sentido el primer ámbito de socialización política es la familia, que juega su papel como célula de base de la educación, dispensadora de normas y valores, de una cierta representación del mundo y de la realidad. Esto no significa que el adulto conservará forzosamente durante toda su vida puesto que puede reaccionar contra la misma por oposición.

Posteriormente, la socialización política continúa con el sistema educativo³ de la escuela a la Universidad, porque, aunque éste se pretenda perfectamente neutro, difunde representaciones, temas, principios que implican elecciones políticas. El adulto incorpora a posteriori elementos de cultura política en el trabajo, en su actuación en un gremio, a través de su pertenencia a o su simpatía por un determinado partido político.

Fundamentalmente a partir del siglo XX, los medios de comunicación –la prensa escrita y con posterioridad, la radio y la televisión- se convirtieron en otro vector principal de difusión de las culturas políticas.

² En este artículo Percheron realiza una excelente puesta al día de las diferentes nociones de socialización política y, fundamentalmente de los aportes de Pierre Bourdieu en este campo de estudio.

³ Para un excelente estudio de los universos familiares y educativos donde se efectúa la socialización política de los niños, véase Percheron, Annick (1993). *La socialisation politique*, Paris: Armand Colin.

A principios de dicho siglo fue, en esencia, la prensa escrita la que cumplió un papel determinante en esta función. En efecto, su importancia en aquellos años no puede minimizarse, máxime si se tiene en cuenta que, como señala Beatriz Sarlo, el imaginario cultural integró entonces una masa de discursos que no sólo provenían de las instituciones educativas formales ni del campo intelectual (Sarlo, 2001).

Por todo lo expuesto, y evocando la afirmación de Tulio Halperín Donghi de que muchos dirigentes políticos de aquellos años construían su cultura política leyendo editoriales de diarios,⁴ estimamos que tal fue también el caso de muchos ciudadanos comunes que podemos imaginar sentados en la tranquila comodidad de su salón leyendo el discurso político⁵ que su periódico ponía en escena en sus páginas editoriales. Por supuesto que no olvidamos que los actores expuestos de esta forma a dicho discurso constituían receptores “cognitivamente activos”, es decir que ellos co-construían el mensaje vehiculizado por la prensa escrita (Trognon et Larrue, 1994 :11) en función del bagaje que habían internalizado en las instancias no solo previas y sino también simultáneas de socialización política.

Los periódicos contribuyeron así a definir la identidad política de sus lectores, inspirando sentimientos y coadyuvando a moldear sensibilidades. Ciertamente, la prensa de esa época, por la difusión de modelos interpretativos del curso de los hechos políticos, ocupó el espacio que las agrupaciones políticas sólo llenaban de manera más limitada (Charon et Luc Pouthier, 1992).

La Nueva Provincia

El primer ejemplar de *La Nueva Provincia* (en adelante *LNP*), periódico fundado y dirigido por Enrique Julio, se imprimió el 1º de agosto de 1898. Su director explicó a sus lectores que, a su entender, la aparición de un nuevo diario quedaba justificada sólo si éste surgía para sostener un ideal. Este era precisamente el caso de su propuesta periodística que defendía la creación de un estado federal que abarcara los partidos del sur de la provincia de Buenos Aires y las gobernaciones que se extendían a largo de los ríos Negro y Colorado y que tuviese a la ciudad de Bahía Blanca como capital. El matutino esgrimía como argumento principal que la inadecuada organización institucional vigente mantenía a estas regiones en una situación de estancamiento crónico.

En 1900 *LNP* ya se había convertido en el establecimiento tipográfico más importante de la provincia de Buenos Aires y en las primeras décadas del siglo XX, el matutino estaba en camino de convertirse en el diario que marcaría el horizonte periodístico de la prensa bahiense. Así, en 1926 se presentaba como el diario de mayor circulación en la provincia de Buenos Aires y en todo el sur del país. En tanto empresa periodística buscó atender a la realidad incontestable de la expansión de la demanda informativa por parte de un número considerable de nuevos lectores pertenecientes a todas las franjas sociales de un territorio que se iba poblando paulatinamente. En efecto, la extensión de la enseñanza pública y las consecuentes campañas de alfabetización realizadas en la ciudad y su zona de influencia motivaron la ampliación del número de lectores de periódicos (Llull, 1998:5)

De acuerdo con la concepción que tenía Enrique Julio de lo que debía ser el periodismo moderno, *LNP* básicamente buscó combinar la oferta de información con opinión desde un lugar de enunciación que pensaba “objetivo”.

Algunas reflexiones sobre la cultura política vehiculizada por *La Nueva Provincia* en el período comprendido entre 1916 y 1930

⁴ Sobre las características de las reflexiones editoriales véase Neveu, Erik, Pages (1993). “Politiques” en *Mots. Rhétoriques du journalisme politiques*, N° 37, Paris: Presses de la Fondation Nationale de Sciences Politiques y Bolívar, Adriana (1996).

⁵ Cabe señalar que consideramos al discurso editorial como discurso político porque tenemos en cuenta que su contenido hace referencia a distintos aspectos de la esfera de lo político (Le Bart, 1994; Trognon et Larrue, 1994).

En los años de nuestra primera transición democrática, la democratización del régimen político constituyó indudablemente la cuestión clave del período.⁶ Durante esta etapa la cultura política de LNP estuvo profundamente marcada por pronunciado optimismo con respecto a las posibilidades de alcanzar una democratización creciente dicho régimen político. En efecto, como muchos de los actores de la época, la coyuntura de principios era leída por el matutino como un momento de cambios de carácter positivo. Así, la ley Sáenz Peña ocupaba un lugar destacado en el sistema de sus referencias históricas puesto que, a su entender, esta norma legal un constituía un hito trascendental en la construcción efectiva de la ciudadanía política de los argentinos. Reflejo del “progreso cívico” del pueblo, la misma había abierto el camino del proceso democratizador que colocaría al país entre los principales referentes de esta forma de regulación del sistema político (Llull, 1998). Según argumentaba el matutino, la Unión Cívica Radical (UCR) había sido un factor decisivo en este proceso puesto que, en tanto partido político, había educado al pueblo en dichos valores y así integrado en el imaginario popular a la democracia como horizonte evidente del bien político (Llull, 2000).

La vigencia de la ley del voto secreto, obligatorio y universal masculino, que consideraba como una suerte de texto sagrado, permitiría con el tiempo se consolidasen los “partidos orgánicos”, paradigmas de lo que consideraba la modernidad política y que definía como agrupaciones que orientaban su actuación en el escenario político en base a un programa definido de ideas. Como para otros actores coetáneos, los ejemplos del funcionamiento del sistema de partidos en Inglaterra y los Estados Unidos constituía para el diario el horizonte referencial de la política argentina. Dentro de este esquema conceptual, la Unión Cívica Radical era, a su entender, un partido orgánico, aunque en ocasiones le resultaría complicado explicar el por qué de esta clasificación cuando precisamente una de las acusaciones más frecuentes que realizaban sus opositores - de dentro y fuera de la agrupación- pasaba porque esta agrupación no contaba con un programa de gobierno.

Otro elemento fundamental de su cultura política era la importancia que asignaba al sufragio como instancia pedagógica en la construcción de la ciudadanía política. Consecuentemente, su discurso político hacía hincapié en la necesidad de que los votantes concurriesen a las urnas, tanto cuando se trataba de elegir al presidente de la nación como cuando se debía designar al intendente municipal.⁷

Así, por ejemplo, tras la elección de Hipólito Yrigoyen como presidente, el diario elogió la actitud del pueblo, que concurriendo en forma masiva a cumplir con sus deberes cívicos, había actuado “con aquella exquisita corrección que sólo es posible en pueblos conscientes que tienen incorporada a su vida una larga tradición democrática y una conciencia acabada y cumplida de sus derechos políticos”.⁸ Por esta razón estimaba que el ciudadano argentino, emancipado por el sufragio libre y obligatorio, era perfectamente equiparable al de los pueblos más adelantados del mundo civilizado y por lo tanto consideraba posible asegurar que la democracia argentina se encontraba definitivamente asentada sobre la sólida base de un cuerpo electoral de ciudadanos plenamente capacitados para decidir sobre los destinos políticos de la nación.

Esta primacía que el matutino de Enrique Julio otorgada al ciudadano elector explica su decepción al comprobar que en determinadas ocasiones, quienes debían cumplir con este deber cívico, lo consideraban accesorio y secundario. Ante este tipo de actitudes, exigía que se aplicasen las penalidades establecidas a las infracciones contra la ley electoral porque, de no cumplirse lo

⁶ Para aproximarse a las encrucijadas políticas de esta etapa remitimos al artículo de Ansaldi, Waldo (2000). “La trunca transición del régimen oligárquico al régimen democrático en Ricardo Falcón (dir), *Nueva Historia política. Democracia, conflicto social y renovación de ideas (1916-1930)*, Buenos Aires: Sudamericana pp. 15-56.

⁷ “Reafirmando conceptos”, *La Nueva Provincia*, 1º de marzo de 1918, p. 9.

⁸ “Triunfo de la democracia”, *La Nueva Provincia*, 4 de abril de 1916, p. 1.

establecido por la misma, quedaba, a su juicio, desvirtuado uno de sus propósitos fundamentales de la ley 8.871: el de “crear al ciudadano por el ejercicio continuo y consciente de la ciudadanía”.⁹

La llegada del radicalismo al poder en 1916 constituyó, paradójicamente, un nuevo desafío a su confesado “optimismo democrático”. La nueva coyuntura lo obligó a pasar de una situación de partido opositor al nuevo escenario de partido de gobierno. Al tener que ocupar espacios que hasta entonces le eran ajenos como el Congreso y la administración, surgieron las tensiones internas que habían permanecido aletargadas cuando la consigna era la de vencer a su tradicional adversario político, las fuerzas conservadoras. La llegada al gobierno desencadenó las tensiones propias de una agrupación que tuvo un origen heterogéneo. Frente a los conflictos que en el seno de la entidad se originaron tanto a nivel nacional como provincial y municipal, *LNP* colocó el eje de su argumentación política en la necesidad de la unión de las fuerzas radicales.

Como hemos arriba señalado, las culturas políticas evolucionan en el tiempo y la de la *LNP* no podía escapar a esta regla. Hacia el final de período estudiado, el optimismo del que había hecho gala durante estos años comenzó a resquebrajarse cuando comprobó que otros partidos, en distintas instancias comiciales, se alzaban con el triunfo electoral.

Cada una de las culturas políticas reclama para sí un sistema de referencias históricas. Aunque, como específica Serge Berstein, puede ser que el término de historia no sea realmente el que corresponde emplear porque estas referencias son instrumentalizadas al servicio de la concepción que defiende cada una de las culturas políticas. Según el historiador francés, en realidad, estamos en presencia de una colección de imágenes que otorgan una provisión casi inagotable de fechas claves, textos fundadores, hechos simbólicos, una galería de grandes hombres cuyo interés reside en la ejemplaridad supuesta que unos y otros poseen. Por ello, la historia, en el sentido en que la entendemos los historiadores, tiene poco que ver con la utilización que aquí se realiza, puesto que se trata solamente de apropiarse de los valores normativos susceptibles de mostrar que la visión del mundo sobre la que se apoya una cultura política. No existe casi cultura política sin esta alquimia que trasmuta los hechos del pasado en armas para el presente (Berstein, 1999).

En el sistema de referencias históricas de la cultura política vehiculizada por *LNP*, la fecha del 26 de julio 1890 tenía una centralidad especial porque, según argumentaba el matutino, la revolución del Parque había sido “el despertar intenso, sublime y heroico del sentimiento nacional, herido en sus fibras más sensibles por un gobierno despótico y absorbente, que como una nueva tiranía, se cernía sobre el país, creando la confusión, el desorden y la bancarrota en todos los órdenes de las actividades nacionales”. La revolución del 90, sangrienta pero “salvadora”, demostraba que cuando a los pueblos se le negaban sus derechos podían legítimamente apelar al recurso de las armas para triunfar sobre sus opresores.¹⁰

Dentro del calendario de fechas señaladas de *LNP*, el 4 de febrero del año 1905 tenía también una significación particular. Como se recordará, en dicha oportunidad la UCR concretó la última de sus tres revoluciones contra un régimen que, desde su perspectiva, viciaba las instituciones democráticas establecidas por la Constitución nacional. Desde su lectura del pasado reciente, el diario aseguraba:

El 4 de Febrero recuerda el día en que el pueblo, en estrecha fraternidad con el ejército, se alzaba en armas el año 1905, para concluir con un régimen que venía perpetuándose desde el 80 en completa contraposición a las instituciones democráticas que nos rigen.¹¹

⁹ “El escrutinio”, *La Nueva Provincia*, 10 de marzo de 1918, p. 9.

¹⁰ “Revolución del Parque”, *La Nueva Provincia*, 26 de julio de 1918, p. 8.

¹¹ “La revolución de febrero”, *La Nueva Provincia*, 2 de febrero de 1918, p. 7.

Siguiendo esta línea argumental, afirmaba que si bien la revolución había sido vencida, la causa y los principios de aquellos ciudadanos habían triunfado cuando el 2 de abril de 1916 cuando Yrigoyen había sido elegido presidente de la nación. Por ello, esta fecha vino a agregarse a las efemérides de *LNP* por considerarla un hito en la marcha progresiva de la evolución política argentina. En su opinión, su verdadero significado no residía entonces solo en el advenimiento del radicalismo al gobierno sino que tenía un carácter mucho más trascendente ya que representaba la “consagración evidente de nuestros adelantos institucionales”.

Además aseguraba que, si se tenía en cuenta que muchos de los países más adelantados no habían llegado a esta instancia, se comprendía la trascendencia de esta fecha. Por constituir entonces “la expresión de la más pura democracia” quedaría señalada como el “broche de oro” de un “ciclo de avances democráticos no interrumpidos”. De todas formas esta fecha nunca alcanzó en el sistema de sus referencias históricas la centralidad de las dos primeras arriba mencionadas.

¿Cómo se ingresaba al Panteón de *LNP*?¹² En principio porque el elegido poseía ciertas cualidades cívicas: una vida intachable, un acendrado patriotismo, una dedicación completa a la causa del pueblo y la capacidad para guiar a las multitudes. Leandro N. Alem reinaba en su Panteón sin ningún otro personaje le disputara tal primacía. Porque para *LNP*, el revolucionario del 90 reunía todas estas características personales y muchas otras más. Así evocaba su figura emblemática:

En todos los tiempos surgen hombres elegidos, de vida intachable, verba tribunicia [*vis*] y espíritu acometedor que ejerciendo influencia decisiva sobre las muchedumbres las manejan a su antojo..., pero no siempre es dado el surgimiento de figuras que todo lo que son y lo que valen lo entregan, magnánimos, para bien del pueblo al que todo lo sacrifican. Suelen los pueblos mostrarse ingrato con ellos...pero la hora de la justicia llega..., sus figuras se convierten en símbolo y en un ideal. Alem: soldado esforzado, abogado notable, tribuno lleno de prestigios y, sobre todo, patriota de convicciones, todo lo sacrificó.

Por otra parte, las circunstancias dramáticas de su muerte contribuyeron a consolidar su figura de héroe. Por ello el diario, no sin ocultar su emoción, afirmaba:

El se agigantó, con el tiempo como si desde ultratumba el genio batallador de Alem, cual otro cadáver del Cid ganara después de muerto sus mejores batallas. Y nada pudo contener ese avance que en olas sucesivas ha ganado todas las posiciones y se apresta, una vez en el poder, a realizar lo que inspirado fue por quien entregó a la posteridad su labor y al juicio del pueblo, su memoria.¹³

Reflexiones finales

Nuestro intento de abordar el estudio de la cultura política de *LNP* nos permite realizar unas primeras consideraciones sobre la misma. Durante el período comprendido por las presidencias radicales vemos que el diario vehiculizó una cultura política hecha de referencias al pasado, de una concepción del futuro político del país, de fidelidad a textos “sagrados” (la ley Sáenz Peña), con grandes fechas (el 26 de julio 1890 y el 4 de febrero de 1905), con sus grandes hombres (fundamentalmente Leandro N. Alem) cuyo conjunto constituye un todo coherente y armonioso. Sin

¹² En este tema seguimos las consideraciones del trabajo de Sylvie Guillaume (1992)

¹³ “Alem”, *La Nueva Provincia*, 2 de julio de 1918, p. 8.

duda sus lectores se reconocieron en estas representaciones y comulgaron, en mayor o menor medida, con este discurso específico que constituyó un elemento de comunión para quienes se identificaban con esta particular visión de lo político.

Bibliografía

Ansaldi, Waldo (2000). “La trunca transición del régimen oligárquico al régimen democrático en Ricardo Falcón (dir), *Nueva Historia política. Democracia, conflicto social y renovación de ideas (1916-1930)*, Buenos Aires: Sudamericana.

Berstein, Serge (1999). *Les cultures politiques en France*, Paris: Seuil.

Bolívar, Adriana (1996). “The structure of newspaper editorials en Malcolm Coulthard (de.), *Advances in written text analysis*, London: Routledge.

Charon, Jean-Marie et Luc Pouthier, Jean (1992). “La presse” en Jean-Francois Sirinelli (dir), *Histoire des droites en France, Cultures*, T. II, Paris: Gallimard.

Le Bart, Christian (1994). *Le discours politique*, Paris: Presses Universitaires de France

Llull, Laura (1998). “Enrique Julio y el periodismo”, en *La Nueva Provincia*, 1º de agosto.

Guillaume, Sylvie (1992). “¿Il y a un Panthéon des droites?” en Jean-Francois Sirinelli (dir), *Histoire des droites en France, Cultures*, T. II, Paris: Gallimard.

Llull, Laura (1998). “Aproximación a las ideas políticas de un periódico bahiense. *La Nueva Provincia* y la legislación Sáenz Peña”, *Cuadernos del Sur. Historia*, N° 27, Bahía Blanca: EdiUns.

Llull, Laura (2000) “El periódico como vector de internalización de una cultura política: *La Nueva Provincia (1916-1922)*”, en Roberto Bustos Cara y Mabel C.de Bulnes (Eds), *Estudios Regionales Interdisciplinarios II*, EdiUns: Bahía Blanca.

Neveu, Erik, Pages (1993). “Politiques” en *Mots. Rhétoriques du journalisme politiques*, N° 37, Paris: Presses de la Fondation Nationale de Sciences Politiques.

Percheron Annick (1985). “La socialisation politique” en Madeleine Grawitz et Jean Leca (dir), *Traité de Science Politique. L’action politique*, T.3, Paris : Presses Universitaires de France.

Percheron, Annick (1993). *La socialisation politique*, Paris: Armand Colin.

Sarlo, Beatriz (2001). *Tiempo presente. Notas sobre el cambio de una cultura*, Buenos Aires: Siglo XXI.

Sirinelli, Jean-Francois et Éric Vigne (1992). “Introduction des cultures politiques” en Jean-Francois Sirinelli (dir), *Histoire des droites en France, Cultures*, T. II, Paris: Gallimard.

Trognon, Alain et Larrue, Janine (1994). *Pragmatique du discours politique*, Paris: Paris.